

Triple fallo de la enseñanza médica

UNA característica fundamental de quienes han ejercido el poder en España en los últimos tiempos ha sido su falta de valentía para encarar los grandes problemas de la vida nacional; así éstos se han encontrado hasta tal punto que en algunos casos su solución rápida sería poco menos que milagrosa. Refiriéndonos concretamente a la Universidad, ha parecido muchas veces que lo que se pretendía era dejarla hundirse con la mayor prontitud posible; no pueden explicarse de otro modo decisiones tan peregrinas como la de desarrollar el curso de enero a enero y otras análogas.

El problema adquiere caracteres particularmente dramáticos cuando las medidas adoptadas se refieren a las Facultades de Medicina, de donde han de salir los médicos responsables de la asistencia de la población.

El desarrollo económico del país, con el consiguiente incremento radical del número de padres que desean tener hijos universitarios, ha situado en las puertas de la Universidad a un número de estudiantes tan elevado que rebasa la capacidad de acogida de los centros universitarios. Al plantearse esa situación hace unos años, los responsables de la educación tiraron una vez más por la calle del medio y crearon Facultades de Medicina sin dotarlas de las instalaciones materiales, el equipo ni el personal docente mínimamente indispensables. El resultado es que, según señalaba recientemente el profesor Gomar Guarner, hay en España en primer curso de Medicina más alumnos de esta clase que en China, Rusia y Norteamérica juntas; sólo en las Universidades de Madrid hay más estudiantes de Medicina que en todo el Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda del Norte.

Masificación, clasismo y formación práctica

Los resultados de esa masificación son verdaderamente lamentables: muchos médicos reciben su título sin haber visto un parto (obsérvese que no digo asistido) ni haber suturado la más pequeña herida. El resultado es que un número considerable de médicos han de trabajar en un hospital para adquirir los conocimientos prácticos que deberían poseer ya o bien marchan a un pueblo y piden cada día a San Cosme y San Damián que los primeros partos que hayan de asistir no tengan complicaciones o que la primera herida tratada sea fácil de suturar.

Antes de permitir la incorporación masiva de los jóvenes a los estudios médicos, habría sido necesario determinar con cuidado las

necesidades de médicos del país y después arbitrar los medios precisos para formar convenientemente a todos los ingresados en las Facultades de Medicina.

Pues no hay que engañarse: la masificación realizada no ha eliminado el clasismo, sino que lo ha reforzado. Al no producirse un aumento paralelo de los medios docentes (tanto en las disciplinas básicas como en las clínicas), los alumnos que consiguen trabajar en los hospitales para adquirir, antes



La sociedad tiene que darse cuenta que la formación del médico es una responsabilidad que le incumbe plenamente.

de terminar la carrera, los conocimientos prácticos precisos, son justamente los hijos de profesores o médicos famosos; así, el ingreso en el profesorado es más elitista que nunca, pues la diferenciación entre el que realmente practica y el que se ve limitado a escuchar o ver se establece cada vez más pronto.

Se han abierto las puertas de las Facultades, pero habría que decir más bien que se han abierto las puertas de las aulas, mientras siguen estando entreabiertas las puertas de los laboratorios y de las salas de hospital. Cuando las Facultades de Medicina no pueden formar debidamente a sus alumnos, lo demócrata es dejar que ingresen sólo los que permite su capacidad de enseñanza, empleando naturalmente un sistema de selección irreprochable, colocando así a todos en igualdad de condiciones. En este sentido interesa señalar que en Italia, país en donde se plantean problemas análogos a los nuestros, el Partido Comunista, que es sin duda el que está más cerca de las masas, es el primero que ha pedido la limitación del número de estudiantes admitidos en las Facultades de Medicina.

Insuficiente formación social

Con las lógicas excepciones que confirman la regla, las enseñanzas dispensadas en las Facultades de Medicina no cubren debidamente el problema de las relaciones del médico con sus pacientes. A la imagen de un médico omnisapiente y omnipotente del comienzo de la era de los antibióticos, ha seguido la del médico distribuidor de vo-

dir a los vademécums o los folletos preparados o financiados por los laboratorios.

Otra grave laguna de la enseñanza médica es la escasa importancia concedida a la educación para la salud. En el porvenir, el médico tendrá que ocuparse cada vez más no sólo de cuidar a los enfermos, sino de enseñar a los sanos a adoptar un comportamiento que contribuya al mantenimiento de la salud y no a su quebrantamiento progresivo. Enseñar a los adolescentes que no deben fumar, a los adultos que es mejor andar en el fin de semana que estar horas y horas en el automóvil, y a los ancianos que deben llevar una alimentación frugal son otras tantas tareas de educación para la salud que exigen técnicas tan cuidadosas como las aplicadas en una apendicectomía.

Cuestiones de ética

En la compleja sociedad en que vivimos, en la que muchos se creen autorizados a transgredir los límites de la ética, se dan aquí y allá casos de médicos que entran francamente en el terreno de la delincuencia. En Marsella se acusó recientemente a un médico de haber administrado hormonas femineizantes a muchachos que se dedicaban a la prostitución masculina o querían actuar como travestistas; en el Estado de Nueva Jersey (EE. UU.) está también *sub judice* el caso de un médico que, al parecer, produjo la muerte de trece enfermos por lo menos inyectándoles curare, fármaco que paraliza la musculatura respiratoria.

Evidentemente, esos casos extremos son absolutamente excepcionales, pero no lo son tanto los casos de médicos que cobran honorarios fabulosos, que realizan exploraciones o intervenciones de necesidad dudosa o que establecen clínicas de urgencia en las que apenas puede hacerse algo realmente útil. La enseñanza correcta de la deontología médica es indispensable, y digo correcta porque recurdo a esta disciplina como la más risible de mi carrera; su catedrático, el inefable padre Peiró, trataba de hacernos comulgar con unas ruedas de molino tan grandes que ni siquiera llegaban a tragarlas los más habituados a esa práctica.

La enseñanza de la ética médica debe abordar los problemas reales que se plantean al médico y no hacer florituras sobre los grandes principios; citaré entre esos problemas la planificación de la familia, el aborto, la presencia activa o pasiva del médico en los malos tratos a presos y detenidos, la cuantía de los honorarios y la intervención del médico en formas de asistencia ineficaces (consultas de tres minutos por enfermo, por ejemplo).

La sociedad tiene que darse cuenta de que la formación del médico es una responsabilidad que le incumbe plenamente y no puede permitir por más tiempo que esa formación no tenga en cuenta las necesidades reales de toda la comunidad de sanos y enfermos. ■
DOCTOR J. A. VALTUEÑA.